VIDA DE
SANTA TERESA DE JESUS

VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS

•

Javier María Martín de Lucas, C.D.

En San José de Las Batuecas (Salamanca)
en el IV Centenario de la muerte de la Santa

1582 - 1982

•

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Depósito Legal B. 22.997-1986
ISBN: 84-7656-029-X
Printed in Spain
Impreso en España

AL LECTOR

Entre tus manos tienes unas páginas, pocas, sencillas, que pretenden servir para acercarte a la figura de Santa Teresa. En ellas encontrarás narrada su vida. Quizá te parezca que lo que lees es precisamente lo que menos tiene de santa. Te diré: Sí, pero no.

Sí, porque casi todos sus breves capítulos están dedicados a la primera parte de su vida, en que Teresa (así, a secas, sin el "Santa") va labrando y dejando labrar a Dios esa santidad. Aparece nuestra protagonista débil, entre luchas. Incluso no faltan caidas. Sólo al final, en un par de pinceladas, se trata de la Teresa Santa, la mujer que deslumbra a España y al mundo, la fecunda fundadora, la escritora mística, la que, siendo mujer, es Doctora de la Iglesia.

Pero no. Porque su santidad ya "hecha" no nos sirve para nada. A lo más admirarla y dejar que otros más valientes y seguros de sí se atrevan, ¡pobrecillos!, a imitarla. La santidad de Teresa, aunque

no deja de construirse hasta el final, se encuentra sobre todo en los primeros 50 años (que, por cierto, no son tan pocos) de esfuerzos, con los que lentamente se va fraguando. Lo que en ellos hace Teresa lo podemos hacer tú y yo. ¡Y es tan consolador verla también con nuestras mismas flaquezas!

Para el que busque a la Madre Teresa, ya santa, porque quiera conocer más de su vida y de su obra, existen bastantes biografías extensas en que ello se trata. Y mucho lo dejó ella misma escrito de su simpática pluma en el "Libro de las Fundaciones".

Una última advertencia. He querido mostrar no sólo la vida de Santa Teresa, sino también sus "moralejas". Ella, tan práctica, procuraba sacar enseñanzas de cuanto le sucedía. Es un ingrediente más de su camino de santidad que no vamos a rehuir. Enseñanzas, unas que saca ella, otras que te propongo yo. Y otras, las mejores, que puedes sacar tú si quieres leyendo con ojos limpios esta vida de Santa Teresa.

San José de Batuecas, Julio de 1979.

Una familia numerosa.

Veintiocho de marzo de mil quinientos quince. En casa de don Alonso Sánchez de Cepeda, conocido en Avila por "El Toledano", hay alegría. Y no es para menos: doña Beatriz de Ahumada, su esposa, ha dado a luz, al amanecer, una preciosa niña. No ha habido ángeles, ni visiones, ni nada. Pero sí dolores. Un parto como el de cualquier mujer. Ella, hasta su muerte a los 33 años, habrá de tener otros nueve, en los que la alegría se repetirá. Y es que para don Alonso y doña Beatriz, los hijos son una bendición de Dios. ¡Un alma más para el cielo!

Con la niñita en los brazos, llorona, ni la madre piensa ya en los dolores, ni el padre en los quebraderos de cabeza que, como todos los hijos, le traerá cuando sea moza.

Al escribir su "Vida", Teresa hablará con cariño y admiración de sus padres y de los juegos que tenía con sus hermanos. Este ambiente familiar de "casa grande", le hará espabilar pronto. Y dejará en ella una huella, que reproducirá en cada convento que funde. Serán como familias numerosas, en las que reinarán la hermandad y la alegría.

Bien pronto, a los ocho días, según la costumbre, la llevan "a cristianar". Cuanto antes empiece a ser "hija de la Iglesia", mejor. Cuando, muchos

Avila. Su nombre, Teresa, como su abuela. No es nombre de santa, pero la que ahora lo recibe se encargará de que lo sea, y bien conocido. Y, aunque padres y padrinos, a buen seguro, que no lo sabían entonces, el nombre le vendrá de perlas, porque "teresa" en griego significa "agradable, graciosa, milagrosa". Ella será, en vida y en muerte, para Dios y para los hombres, agradable, graciosa y milagrosa.

No piensan, don Alonso y doña Beatriz, que ha terminado todo con el bautizo. Su tarea de "cristianarla" empieza, precisamente, ahora. Teresa nos lo contará cuando en su vida nos descubra el momento de su despertar a Dios y a sus cosas. Así nos dirá que su madre ponía cuidado en que sus hijos rezasen y fueran *devotos de Nuestra Señora y de algunos santos.*

Pero, cuando ella habla de la educación cristiana que le dieron sus padres, piensa, sobre todo, en el ejemplo: *Ayudábame no ver en mis padres inclinación sino a la virtud. tenían muchas.* De su padre nos dirá que *era hombre de mucha caridad* y que *jamás nadie le vió jurar ni murmurar.* Y de su madre: *Tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades... Grandísima honestidad, con ser de harta hermosura.* Y hasta de sus hermanos dirá: *ninguna cosa me desayudaba a servir a Dios.*

En casa, todas las noches, se leen en voz alta las vidas de los santos del día. Teresa y su hermano

años después, se encuentre agonizando, ¡cuánto se alegrará de morir siéndolo!

El bautizo será en la parroquia de San Juan, en Rodrigo, con sus siete u ocho primaveras, escuchan embelesados y luego, por su cuenta, repasan a dúo letras y grabados.

Los niños leen, una y otra vez, la vida del mártir, o el ermitaño, o la virgen consagrada a Dios. Leen y, con una lógica infantil que puede dar lecciones a los mayores, se admiran de que "compren tan barato el ir a gozar de Dios". De pronto levanta Teresa la cabeza y dice asombrada: *Rodrigo, que hay vida para siempre,* y su hermano le responde: *Sí, Teresa, para siempre, para siempre, para siempre.* Y ella otra vez: *Rodrigo, que hay pena para siempre,* y él: *Sí, Teresa, para siempre, para siempre, para siempre.*

Ciertamente que es barato comprar una eternidad feliz con una vida siempre breve de servicio a Dios. Y no digamos con los cortos instantes del martirio. Pero, para ser tan lógicos, tan consecuentes, tendríamos que poseer esa fe, infantil, sí, pero intensa, que ha calado en Teresa y Rodrigo por el pensar muchas veces, con los ojos limpios de niño, que la otra vida es auténtica y que es *para siempre, para siempre, para siempre.*

Estos buenos negociantes para las cosas de Dios –la sangre judía que va en las venas– no están dispuestos a dejar escapar la ocasión. Y así pasó lo que pasó...

A tierra de moros.

Lo que pasó es que, ni cortos ni perezosos, preparan un hatillo con unas pocas provisiones y se ponen en camino. Cuando se les acabe eso poco que llevan, irán pidiendo por amor de Dios. Tienen prisa por ganar el "para siempre" feliz y quieren llegar cuanto antes a tierra de moros "para que allá los descabecen". Mientras cruzan el puente del Adaja hablan entre sí gozando ya de un martirio que no llegó.

Porque quien llegó fue su tío don Francisco, que les dió alcance a poco de salir de Avila. El martirio de Teresa fue, no que la descabezasen, sino tener que escuchar, entre asombrada y dolida, a su compañero echándole a ella toda la culpa.

Pese a todo no se resignaron. *De que ví* –cuenta Teresa– *era imposible ir a donde nos matasen por Dios, decidimos ser ermitaños.* Dicho y hecho. En cualquier rincón de la huerta construían sus ermitas y pasaban ratos larguísimos rezando rosarios y haciendo como que ayunaban y daban limosnas.

La cosa era imitar al detalle cuanto veían en las vidas de los santos. Así son los niños.

De todo esto quedó en Teresa una huella profunda. Siempre será muy amiga de buscar la soledad y jamás pasará un día sin que rece el rosario por enferma y ocupada que se encuentre, aunque sea a las doce o la una de la noche.

Coqueteando.

Mas estos fervores no duraron demasiado. La culpa fue de su madre que, con ser tan santa, por esta vez no obró bien. O, al menos, no previó las consecuencias de lo que hacía.

Doña Beatriz, en sus enfermedades, procuraba distraerse leyendo libros de caballerías, las novelas de amor y aventuras del momento. Para ella no eran más que un pasatiempo que nunca la impedía cumplir con sus obligaciones.

Y como simple pasatiempo, los dejó en manos de Teresa y Rodrigo, que los devoraban con el mismo interés que antes las vidas de los santos. Claro que no producían en ellos el mismo fruto. Si antes se afanaban en imitar cuanto veían en mártires y ermitaños, ahora no quedará detalle sin copiar, aunque sea infantilmente, en las aventuras amorosas de damas y caballeros. Los tiempos consumidos antes en rosarios y penitencias, los irá dedicando, cada vez más, nuestra Teresa a arreglar su hermosura natural, que no era poca. Y las salidas furtivas "a tierra de moros" serán ahora salidas, no menos furtivas, a lucir sus encantos.

Las lecturas en sí, eran inofensivas, pero poco a poco cambiaron su interés. Y aunque siga temiendo ofender a Dios ya no le preocupa. Horas y horas de tiempo perdido para luego perder más tiempo y energías en tonterías que enfrían su espíritu.

Teresa es toda gracia, frescura y donaire. Y cora-

zón que quiere y se deja querer. Busca la compañía de sus primos, los Mejía, en especial uno de ellos. Lo hace a escondidas, como a escondidas lee los libros de caballerías, porque a su padre no le gustan ni esos libros ni sus primos.

Ella, más tarde, dará la razón a su padre y, comentando estos hechos dirá:

Ahora veo yo el peligro que es tratar, en edad en que se han de comenzar a crear virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque ahí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor.

Es que en los años jóvenes cada día se descubre el mundo. Y se descubre en lo que se ve y se lee. Bien se ha dado cuenta de ello Teresa por su experiencia.

La cosa, de todas formas, no hubiera pasado adelante si no hubiese sido porque intervino una prima suya, que le enseñó los mil trucos del coqueteo femenino y le facilitó el trato con su primo Mejía.

Incluso empezaba a estar en peligro la honra de Teresa. Ella, tranquilizaba su conciencia, diciéndose que pensando en el matrimonio no estaría tan mal.

No es que llegase a caer en pecado grave. La sujetaba el temor a perder la honra. Años después, reflexionando sobre su vida, se lamentará de haberla

perdido, poco a poco, con el trato con su primo. *En aquel tiempo* –dirá– *sólo para no perderme del todo, me cuidaba mucho.* Escuchemos su sabroso comentario:

Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuoso, no me dejó casi ninguna, y me parece me imprimía sus condiciones ella –su prima– *y otra que tenía la mesma manera de pasatiempos.*

Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto que, si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud, porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomado el alma fuerzas para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada, con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas, bien contra ella y contra Dios.

Un episodio encantador.

Antes de que estos devaneos llegaran a tanto –tendría Teresa unos 15 años en lo que acabamos de relatar–, cuando nuestra santa, o mejor, futura

santa, tiene tan sólo trece o catorce, muere su madre, doña Beatriz. Y a Teresa, tan cariñosa, le afecta muchísimo. Ella que se sabía "la más querida", pierde un punto de apoyo. Siente que el vacío que deja en su corazón la desaparición de su madre no se llena con cualquier cosa.

En un arranque de sinceridad, consigo misma, sale de casa y baja hasta cerca del río, a la ermita de San Lázaro. Allí, ante una imagen de la Virgen, se desahoga. La memoria de estos momentos no la abandonará jamás:

Acuérdome, que cuando murió mi madre, como comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Pareceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí.

Teresa se sinceró ante su nueva madre. ¡Tanto que contar! ¡Tanto que llorar, además de su orfandad! *El alma caida en pecado, como conoce su miseria, se hace devota de la Reina del Cielo,* escribirá en el Libro de su Vida.

Pero esto no le durará mucho, porque no se decide a dejar las ocasiones. No sabe prescindir de esa pariente que tanto mal le hace. Y el trato con su primo irá cada vez a más. La experiencia del mal que trae no dejar las ocasiones de pecado se convertirá en una obsesión en su vida y en sus escritos.

Ahí van unas muestras:

Ni bastaban determinaciones para no tornar a caer en poniéndome la ocasión. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones.

Por amor de nuestro Señor, pido yo se guarden de las ocasiones, porque puestos en ellas no hay que fiar.

Es menester apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios.

Cortar por lo sano.

Mas, como hemos dicho, los nuevos propósitos no pasaron de resultar un bonito episodio.

Su padre no puede ver con buenos ojos el trato con esos parientes, que están echando a perder a su hija. Pero tampoco puede impedirles la entrada en casa, porque sería demasiado violento. Cansado de consejos y recriminaciones, con menos miramientos que Teresa, busca el momento de apartarla de esas malas compañías. Y lo va a hacer cortando de raíz, llevándola a un convento donde la eduquen, sí, pero, sobre todo, la guarden.

La ocasión surgió con motivo de la boda de María, la hermana mayor. Buena excusa para dar a Teresa: *Porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre no era bien.* Y, aunque a los de fuera tampoco extrañaría, todo se hace con el mayor sigilo, por si acaso.

El lugar escogido es el convento de las agustinas de Nuestra Señora de Gracia, no lejos de casa, pero ya fuera de la muralla. Allí estará con otras jóvenes de su edad, aislada de todos y en especial de su primo, que es lo que más interesa.

Para don Alonso es un gran sacrificio, pero que sabe imponerse por el bien de su hija. Para Teresa, una rabieta. *Por eso los primeros días son de enfado, más que por estar allí* —nos dirá—, porque se le hubieran conocido sus andanzas.

Estamos en junio de 1531. Tiene Teresa 16 años.

Una amiga de verdad.

Pero pasan ocho días y ya está tan contenta. Olvida todo, hasta a su primo que no deja de acecharla con papeles y recados. Contenta ella y contentas sus compañeras: *En esto me daba el Señor gracia, en dar contento dondequiera que estuviese, y ansí era muy querida.*

La alegría, que siempre tuvo, es ahora más profunda, está en lo íntimo del corazón: *comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y ví la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos.*

La "compañía de buenos" era una comunidad de monjas que vivían de verdad como tales. En Santa María de Gracia había devoción entre pobreza y austeridad. Sobre todo una de ellas, María Briceño, que era, precisamente, la encargada de ense-

ñar a las jóvenes internas. Entre las chicas tenía fama de santa. Pero esto no hubiera bastado de no haber sabido ganarse la amistad de Teresa. Una amistad limpia y más atrayente que las que dejó a las puertas del convento de las agustinas.

El efecto de este cariño es inmediato: *Comenzóme esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima.* ¡Quién le hubiera dicho esto a Teresa hace sólo unas semanas!

María Briceño le cuenta un día, en animada charla, la historia de su vocación. Fue con un libro, ante las palabras del Evangelio: "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos". Le habla de como comprendió lo poco que da de sí el mundo y de como premia Dios a los que le siguen.

Teresa escucha embobada, como tantas otras veces, a María Briceño y, aunque sigue siendo "enemiguísima de ser monja", no caen en el vacío estas palabras. No dejarán de darle vueltas por dentro.

Con Dios, las cosas claras.

Pero la puerta se ha abierto. Teresa tiene la valentía de pensar en si tendrá vocación, y eso que ello la sigue molestando.

Así procurará que sus compañeras la encomienden a Dios para que le dé "el estado en que le ha de

servir". Y al contarnos esto en su autobiografía, confesará a reglón seguido con simpática franqueza: *más todavía deseaba no fuese monja, que ese estado no me lo diese Dios.*

Esta honradez con Dios no se ha improvisado. Nace de un trato con El, que, poco a poco, se irá haciendo íntimo. Empezó rezando de nuevo las oraciones vocales de su infancia. Por las noches, antes de dormir, gasta unos minutos en hablar con Dios. Piensa en lo que por ella padeció, sobre todo en cómo sufría orando en el huerto de los olivos...

Tengo para mí que por aquí ganó mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era. Tienes razón, Teresa, ahí empezaste a ganar la batalla de tu alma. La oración es *principio para alcanzar todas las virtudes y cosa que nos va la vida en comenzarla a todos los cristianos,* nos dirás cuando escribas el "Camino de Perfección".

Jesús es día a día alguien cercano. ¿Cómo va a tener el descaro de rehuir la llamada de alguien que es su amigo? Si El la quiere monja y ella se resiste, ¿con qué valor va a mirarle cuando al llegar la noche piense en El, sufriendo en el huerto de los olivos? Aunque sólo sea por agradecimiento tiene que tomarse en serio el si Dios la llama.

Teresa piensa en ello, aunque sea a ratos. Si acaso –se dice a sí misma– *en otro monasterio.* La vida de estas agustinas le parece muy rigurosa. Además, en las carmelitas de La Encarnación tiene una amiga monja. Piensa y duda, pero piensa. Con Dios, las cosas claras. Es mucho mejor.

Entre unas páginas espera Dios.

Estaba casi persuadida de hacerse monja, cuando cayó enferma. Vuelve, pues, de nuevo a casa de su padre, pero ya no es la misma que salió de allí a la fuerza. El lugar que antes ocupaba en el pensamiento su primo lo llena ahora el mismo Cristo. Teresa seguirá dando vueltas al problema de su vocación. A partir de este momento, su vida y sus problemas estará por dentro. Es Dios quien le ha hecho encontrarse consigo misma y quiere tenerla atenta a su interior, para hablarle al corazón. Se va a servir para ello de un hecho casual...

Su padre, que la ve preocupada, le propone como distracción que pase unos días con su hermana María, que vive en un pueblecito de Avila. Por el camino tiene que pasar por Hortigosa, donde don Pedro Sánchez de Cepeda, su tío, le hará quedarse unos días.

En estos días, precisamente, el Señor la espera entre las páginas de unos libros que el buen don Pedro le deja a leer. Teresa, por no disgustarle, acepta. Todo se resolverá enseguida:

Aunque fueron pocos los días que estuve, por la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oidas, y la buena compañía, fuí comprendiendo la verdad de cuando niña, que todas las cosas son nada, que el mundo se acaba

pronto y tras la muerte puede venir el infierno; y aunque no acababa de decidirme a ser monja, comprendí que era el modo de vivir mejor y más seguro.

Otra vez está en su mente el "para siempre, para siempre, para siempre..." A la luz de esta realidad se irá fortaleciendo su vocación.

La decisión.

De vuelta a Avila, "amiga ya de buenos libros", se da a la lectura. Lee y reflexiona. Lo hace con la misma lógica y consecuencia que de niña la movió a salir en busca del martirio:

Me forzaba a mí misma con esta razón. que los trabajos y pena de ser monja no podría ser mayor que la del purgatorio, y que habiendo merecido el infierno no era gran cosa vivir como en el purgatorio. Y que después me iría derecha al cielo.

Alguno dirá: ¡vaya una "santa"! Marchar al convento por miedo al purgatorio... Hay que tener paciencia. Con el tiempo irá haciendo las cosas por amor y menos por temor. Pero ahora hay que tomar una decisión. La batalla es dura y es preciso echar mano de todo lo que nos pueda ayudar, también los temores, sin escrúpulos angelistas.

Además, aún ahora, no la mueve sólo el temor. Su trato con Jesucristo en esa especie de meditación sobre la Pasión que hace antes de dormir, también le impulsa a aceptar las dificultades y trabajos

que cree va a tener su futura vida. Así, cuando le viene a la mente que no va a ser capaz de soportarlos... *me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho que yo pasase algunos por El.*

Tres meses de batalla, entre "hartas tentaciones", y estará tomada la decisión.

Lo difícil ahora va a ser decirlo a su padre. Mucho cariño hay entre los dos. Además, los hermanos van marchando a las Indias uno tras otro y don Alonso necesita cada vez más la compañía de su hija.

Me determiné a decirlo a mi padre, nos cuenta. Y obtiene como respuesta la negativa. Don Alonso es muy bueno, ya lo hemos visto. Pero no basta con ser "bueno". En fin, habrá que esperar. Aún tiene Teresa dieciocho años y por eso cede fácilmente.

Pero no ha renunciado. Nuestra jovencita tiene las cosas claras: será monja. Y no está dispuesta a que sus inquietudes se la olviden, que es lo que todos esperan. Sus lecturas *–dióme la vida haber quedado amiga de buenos libros–*, su oración y las visitas al monasterio de La Encarnación mantienen y avivan en ella el deseo.

La fuga.

Mil quinientos treinta y cinco. Han pasado dos años y la situación no puede prolongarse indefinidamente. Teresa, que quiere evitar el dolor de la

despedida y una posible oposición, se decide a marchar de casa en secreto. Su padre tendrá que rendirse ante los hechos consumados. No le quedará más remedio que aceptar. Y ella estará así segura de que su corazón no le traicione y le haga volver atrás.

Todo está preparado el 2 de noviembre de 1535. Las monjas de La Encarnación, advertidas de antemano, la esperan. Y ella sale sigilosamente de su casa muy de madrugada. Pero no va sola. La acompaña su hermano Juan, al que Teresa en estos meses de espera ha convencido para que se haga fraile.

Atraviesan la ciudad. ¿Animándose uno a otro? Quizá. Pero la procesión va por dentro. Teresa piensa ya en el disgusto que se va a llevar su padre cuando se entere. Y sufre: *no creo será más el sentimiento cuando me muera.* Trata de hacerse fuerza recordando las palabras leídas en las Epíspolas de San Jerónimo:

Si tus padres creen en Jesucristo y le son vasallos verdaderos, gran razón es que se animen y favorezcan, viendo que quiero pelear por su servicio, e si no creen, digo que los muertos entierren a sus muertos.

Se lo dice a sí misma, pero sin ningún efecto. El corazón sigue tirando hacia atrás: *Como no había amor de Dios* –explica ella– *que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante.*

La cosa es que llegó entera a La Encarnación. Y también llegó, sin tardar mucho, don Alonso. Pero no enfadado. Si acaso, resignado y poco menos que a autorizar con su permiso lo que ya estaba hecho.

En La Encarnación.

El monasterio de La Encarnación de Avila era, en los años de Santa Teresa, de fundación reciente. Esto se dejará ver en la hechura. El edificio, empezado a construir en 1513 y obligado a acoger a las monjas dos años después, revela las prisas de los albañiles. Se irá construyendo según vengan monjas y dineros. Así Teresa al llegar habitará una celda recién construida, "a estrenar". Cuando ingresa en 1535 la comunidad ha crecido hasta más del centenar de monjas. La pobreza es obligada. Por un lado unas obras que nunca se terminan, y que consumen casi todo el dinero. Aún así son defectuosas: más de un siglo estuvo el techo del coro a teja vana, nevándoles a las monjas sobre los libros de rezo... Por otro lado aumentan de continuo las bocas que alimentar. Vamos, que estaban las pobrecillas como un matrimonio joven que anda aún pagando el piso...

Las privaciones dejarán su huella en la vida conventual. Enfermedades, salidas del convento a reponer el hambre con la familia, niñas internas como pensionistas. Desorden siempre.

Pero no son sólo desventajas lo que trae el ser

fundación reciente. Precisamente por eso el espíritu auténtico de las primeras monjas permanece fresco. Podemos, por ello, considerarlo un buen convento, dentro de lo mal que andaban todos por aquellos años.

Una de esas monjas, de talla entera, con todo el espíritu de las fundadoras –vamos ya con Teresa– debió ser, sin duda, su Maestra de novicias. No se limitaba a enseñar a las jóvenes religiosas la vida de comunidad. Ponía en ellas auténtica devoción, trato con Dios, mortificación. El noviciado, era por esto otro ambiente del que se respiraba en el resto de la comunidad, donde todo se iba relajando poco a poco.

Teresa, que a todo se entrega de corazón, también se entregó aquí. Hay cosas, es verdad, que la cuestan, pero... *con el contento que tenía de ser monja, todo pasaba.* Ha empezado a descubrir la auténtica fuente de la alegría:

En tomando el hábito –habla ella misma– *me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se esfuerzan en servirle. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad en grandísima ternura.* ¿Dónde está el purgatorio que esperaba nuestra jovencita?

Dábanme –prosigue– *deleite todas las cosas de la vida religiosa; y es verdad que andaba, algunas veces, barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordandoseme que estaba libre*

de aquello me daba un nuevo gozo que yo me espantaba y no podía entender por donde venía. Cuando esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me ponga que dude en acometerla; porque ya tengo experiencia en muchas que si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo, aun en esta vida lo paga Dios por caminos que sólo entiende el que goza de ello.

Y añade su "moraleja": *No hay que dejar de hacer lo que Dios nos inspira sólo porque nos cueste en ese momento, "que hasta quiere que sintamos aquel espanto en comenzarlo para darnos mayor premio y hacernoslo más sabroso después. No hay que temer suceda mal, que Dios es poderoso para todo."*

Años de lucha.

Las alegrías han venido porque Teresa se ha tomado a Dios en serio. Se ha decidido a entregarse a El sin medida, y El se entrega a ella sin medida también. Dios nunca se deja ganar en generosidad.

Nuestra novicia se da a la penitencia y a la soledad. Para llorar sus pecados pasados. Bueno, y también los presentes, porque como se ha acercado al Señor afina con mucha delicadeza buscando no ofenderle. *No hay ofensa pequeña cuando se hace a tan gran Majestad*, nos dirá más tarde.

Siente que en su corazón hay cosas muy arraigadas que no son del agrado de Dios: *Era aficionada a*

todas las cosas de la vida religiosa, más no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada. Para todo sabía lo que era procurar mi contento. Ella lo cuenta hasta con detalles simpáticos. Como éste:

Sabía poco del rezado y de lo que había que hacer en el Coro y de como lo regir. Y ví a otras novicias que me podían enseñar. Acaecíame no les preguntar porque no entendiesen yo sabía poco.

Ve, con dolor, que enseguida la arrastran los malos ejemplos. Toda la carga de sus miserias, al cabo, la hace sufrir.

La lucha que tiene dentro entre sus deseos y lo poco que, en su debilidad, le parece hace por Dios, la lleva de cabeza. Los deseos son enormes. Ve a una religiosa enferma y se le van los ojos tras su paciencia: *Hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios que dándomela a mí así, me diese las enfermedades que quisiere. Ninguna me parece que temía, porque estaba tan dispuesta a ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinara a ganarlos.* No la faltarán, como veremos después, ni enfermedades, ni paciencia...

El combate interior, quiera que no, también se le nota por fuera. Las monjas no entienden que esté, a la vez, feliz de ser monja y descontenta de sí misma: *Como me veían procurar soledad y llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento y así lo decían.*

La Profesión.

En este conflicto llegó el momento de la Profesión, al termino del año de noviciado. Por una parte la ilusiona el pensar que se entregará a Dios para siempre. Por otra siente su miseria y le oprime creer que se acercan nuevás dificultades.

Pero Teresa ha aprendido la lección del Dios que no se deja ganar en generosidad y se decide. El 3 de noviembre de 1537 se consagra a Dios, definitivamente, doña Teresa de Ahumada. Hay alegría entre las monjas de La Encarnación, y entre la familia de Teresa. Hasta los santos del cielo debían estar contentos con tal motivo.

Todos menos ella, porque esta vez el problema, lejos de solucionarse con la decisión valiente, parecerá que se agrava. Dios escondido quiere alargar la prueba mucho tiempo. Desea hacer de Teresa una santa y la santidad no se saca de la manga, *pues creer que admite Dios a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajo, es disparate.*

Hecha la Profesión, permanece Teresa, como estaba mandado, algunos años aún, bajo la vigilancia de su buena Maestra. Pero ya no es lo mismo. Al dejar el noviciado, ha entrado de lleno en la vida de la comunidad. Y allí no hay tanto fervor. En seguida se deja arrastrar de los malos ejemplos: *yo, como ruín, íbame a lo que veía falta, y dejaba lo bueno.* Es la fuerza del ambiente.

Pero ella sabe que lo que ve –y, a veces, imita–

no está bien. Por eso su lucha, por eso sus lágrimas.

Lo más admirable es que Teresa no renuncia a sus deseos, pese a caer de continuo. En ello va a estar su salvación. Porque lo normal, en estos casos, es que el que no vive como piensa, acabe pensando como vive. No hay quien soporte esto mucho rato.

Claro, que es Dios quien anda detrás. Y El *bien sabe aguardar cuando hay perseverancia y buenos deseos.*

No hay Santo sin Cruz alguna, ni Cruz que no tenga Santo.

El Señor aguardaba, pero a Teresa, su tenacidad, le costó muy cara. Porque, a base de tanto sufrir por dentro, su cuerpo, no tan fuerte como su espíritu, se resintió.

Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón, tan grandísimo, que ponía espanto a quien le veía y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harto mala salud.

Ella, tan contenta de verse monja, temía que la sacasen y, con ello, perder su gozo. Disimulaba. Hasta que el asunto fue tan grave que se enteró su padre. Revolvió a todos los médicos de Avila, pero sin resultado. Don Alonso no se resignó y... *como no le dieron remedio los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades y, así dijeron,*

harían con la mía. Hablando claro, una curandera. Y los curanderos, ya se sabe, le arreglan a uno los intestinos y le quitan una verruga, pero el "mal de corazón" es cosa más seria.

Después de todo el viaje, con Teresa ya muy enferma, le dieron a la pobre tal sesión de purgantes y yerbas extrañas durante tres meses, que quedó hecha una lástima: *Estuve padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hieron tan recias, que yo no sé como las pude sufrir y, en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto.* Le deshicieron los nervios.

Sin embargo, Teresa, en medio de todo esto, no pierde la paz, ni la sonrisa. *Ahora me espanto –contará– la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir de El.* Es que tiene siempre presentes las palabras de Job: *Pues recibimos los bienes de las manos del Señor, ¿porque no sufriremos los males?*

Pero, claro, no ha sido todo tan fácil como leer una frase de la Biblia. Ha tenido que haber algo más. Ese "algo más" hay que contarlo antes de volver a Avila con "nuestra Santa" medio muerta. (Lo de "nuestra Santa" ya podemos ir diciéndolo, aunque quede mucho por hacer).

Por caminos de oración.

Fue durante el viaje de ida. Había salido Teresa del convento con su amiga monja, Juana Suárez,

la que la hizo decidirse, precisamente, por La Encarnación, y con su hermana María, que tenía una casa en el pueblo de la famosa curandera.

El viaje será por etapas, para no cansar a la enferma. La primera jornada termina en Hortigosa, donde vive su tío don Pedro, al que ya conocemos. El bendito hombre, como la otra vez que tuvo a su sobrina en casa, le va a regalar un libro. Y, también como la otra vez, Dios la espera entre sus páginas para hacerla crecer. La ha visto angustiada por quererle agradar, y ya no puede más. Se vuelca. Oigamos a Teresa:

Cuando iba, me dió aquel tío mío un libro; llámase "Tercer Abecedario", que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído algunos libros, no sabía cómo proceder en oración, ni como recogerme, y ansí holguéme mucho con él, y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas; y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo a aquel libro por maestro.

Tiempo, para ello, va a tener de sobra. El viaje se interrumpe en Castellanos de la Cañada, donde suele vivir, casi siempre, su hermana María. Es inútil seguir hasta el pueblo de la curandera, Becedas, pues las curas sólo pueden hacerse en la época de las yerbas, en primavera.

Nueve meses de tranquilidad, que van a venir es-

tupendamente para el alma de Teresa. De aquí va a sacar fortaleza para lo que le vendrá después.

Teresa se dedica a leer en el Tercer Abecedario, y a poner en práctica lo que lee. Este libro se va a convertir para ella, como nos ha dicho, en un maestro.

Un día se encuentra con esto: *una manera de orar es cuando dentro del corazón sin pronunciar por la boca las palabras, sólo nuestro corazón habla con el Señor, y dentro de nosotros le pedimos todo lo que necesitamos.*

Se alegra. Es eso, precisamente, hablar dentro del corazón, lo que había empezado a hacer, hace ya varios años, antes de acostarse. Cuando llegó al convento, sólo se habían preocupado de que aprendiese a rezar el Oficio Divino, todas juntas y con palabras. Pero ella había seguido sintiendo la necesidad de hablar por su cuenta al Señor, como amiga, a solas. Allí es donde se siente como pez en el agua.

Más, Teresa, sabe ya bien que no es tan fácil, como parece a simple vista, lo que acaba de leer, que cuando queremos hablarle nos vienen a la mente las mil cosas que nos ocupan durante el día. ¡Qué difícil es entonces recogernos para conversar con Dios!

Menos mal que en el Tercer Abecedario se habla de cómo conseguir este recogimiento. Allí lo encuentra Teresa con gozo: *se requiere (para hablar dentro del corazón) que halle el hombre su cora-*

zón; esto es, que lo aparte de otros cuidados cualesquiera que sean, si son supérfluos. Está claro. Y se dispone a poner manos a la obra. Busca ratos de soledad y procura tener el corazón libre de todo lo que no la conduce directamente a Dios. De momento, empieza por coger la costumbre de confesarse a menudo. Esto es importante, que no es posible estar poniendo una vela a Dios y otra al diablo.

Pronto adquiere las disposiciones que pide su libro para empezar a orar. Y ahora, orar ¿de qué? El libro recomienda que "se ocupe la memoria con historias devotas y misterios del Señor y muchas cosas buenas de las que oyere y leyere, las cuales han de ser como leña que sustenta el fuego en el altar del Señor". Y añade que la mejor leña son los pensamientos de la Sagrada Pasión.

Teresa está encantada con lo que lee. Le viene siempre a las mil maravillas. Tiene fuego y tiene leña. Y se entrega a la oración constante. Habla con el Señor de tú a tú, se lo imagina en la Pasión. Ha encontrado, en fin, el método que le va.

Aun así, hace sus pinitos en otras formas que el libro propone como mejores y más perfectas: Oración contemplativa que "mientras mayor es, tiene menos palabras... porque el amor, si es verdadero, no sabe buscar rodeos de razones compuestas". Pero es sólo a ratos. Entiende que es verdad lo que en su libro "maestro" dice, que "unas veces está el hombre más pronto para una manera de oración

que para otra". Ella, además, se siente como aliviada cuando se sale de la meditación, porque, aunque está contenta con ella, le parece que no tiene cabeza para tanto discurrir:

No me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovechar con la imaginación, que la tengo tan torpe que aun para pensar y representar en mí la Humanidad del Señor, nunca acababa. Será la dificultad de toda su vida y buscará mil estratagemas para ocupar el corazón y la cabeza porque, como ella misma cuenta, *queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos.*

Pero de todo este mundillo interior seguiremos hablando más adelante. Por ahora, claramente, comprendemos que de este contacto con el Señor, saca Teresa las fuerzas para no perder la sonrisa, aun cuando, a fuerza de purgas, la están destrozando por completo. ¿Verdad que la oración es ese "algo más" prometido que lo explica todo?

Esta Hija no es para enterrar.

Tan deshecha vuelve a Avila –*medio muerta,* dice ella– que a los pocos días, 15 de agosto de 1539, se acaba de morir. Al menos, eso es lo que piensan todos. Le ponen un espejo en la boca y no lo empaña con el aliento. Los médicos la dan por muerta y todo lo demás viene enseguida. La amortajan, le cierran los ojos con cera, preparan la tum-

ba en La Encarnación y hasta cantan sus funerales en una iglesia de Avila.

Pero al padre, don Alonso, se le ha metido una idea extraña entre ceja y ceja. Hincado junto al cadáver repite, una y otra vez: "esta hija mía, no es para enterrar". Pasan los días y no da su brazo a torcer. Se le sigue la corriente por no apenarle más. Piensan que ya se cansará. Pero...

Pero al cuarto día empezó a dar señales de vida, ante el asombro de todos y la satisfacción de don Lorenzo. Claro que son sólo eso, señales de vida. Habla, mas con grandísimos dolores de cabeza, y está... *toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, sólo un dedo de la mano derecha, me parece, podía menear.* De todas formas, mejor es esto que el entierro preparado.

La tozuda ahora será la hija, que se empeña en que la vuelvan a La Encarnación, esté como esté. El padre ya no se lo sabe negar. Y se hace el traslado. *A la que esperaban muerta,* nos contará, *recibieron con alma, más el cuerpo peor que muerto, para dar pena verlo.*

Pasan los días, y allí se ve la talla de Teresa. Las monjas están asombradas. Ven que, entre tan tremendos dolores, todo se le va en alegrar a quienes la rodean y cuidan. La tienen por santa.

Mas no parece que Dios piense lo mismo. Al menos no se conforma. Ni tampoco Teresa, que conoce a fondo su alma y sabe por donde "hace agua"

Vamos a asistir, en estos años largos en que va poco a poco recobrando la salud, a las luchas más fuertes de esa batalla del interior del alma, que no hizo más que iniciarse en el noviciado. Por un lado lo que es y por otro lo que quiere ser. Su naturaleza que busca conformarse e incluso retroceder, frente a la fuerza del mismo Dios que por dentro la empuja cada vez más arriba.

Cosas de San "Josef".

Teresa permanece tres años en la enfermería de La Encarnación. La recuperación existe, pero es lenta. La habían traido de casa al convento sobre una sábana cogida por las puntas. A los pocos meses empieza a ir pudiendo menearse. Y en esta invalidez y estos dolores, la costumbre que tiene del trato con Dios en la oración le hace todo más llevadero. Se siente en manos del Señor, *porque El sabe mejor lo que nos conviene.* También se da a la lectura de buenos libros. Esta vez se trata de un comentario sobre Job. Y, como Job, aprende a dirigirse a Dios en medio de las desgracias. Ese será siempre, en fortuna y adversidad, su modo preferido de hacer oración: el simple diálogo, hablándole como se le habla a un amigo, a un padre, a un esposo.

Pero aunque está conforme con la voluntad de Dios, se da cuenta de que le serviría más con la salud. En la oración, sobre todo, que es lo más im-

portantes para ella ahora. *Paréceme, nos cuenta, era toda mi ansia de sanar por estar a solas en la oración.*

Tanto hacer ganas la decide a poner de su parte todo lo que pueda para curarse. No se trata ahora de médicos o medicinas, que en eso ya estaba deshauciada. Va a acudir a los médicos del cielo. Y por los resultados, se vió que asisten mejor que los de la tierra. *Tomé por abogado al glorioso San Joséf y encomendéme mucho a él; él hizo, como quien es que pudiese levantarme y andar.*

Teresa, agradecida hasta el extremo de que... *con una sardina que me den me sobornarán,* le coge cariño al santo. Y procura demostrárselo. Hace su fiesta con la mayor solemnidad y a todos aconseja que se encomienden a él. Nunca se verá defraudada su confianza: *no me acuerdo haberle suplicado cosa hasta ahora que me haya dejado de conceder.*

No tenemos que pensar que la curación fue instantánea, tipo "milagro de Lourdes". Fue una lenta recuperación. Pero no por eso deja Teresa de comprender que ha sido cosa del santo. Y lo agradece.

Aunque nuestra monja pensaba servir a Dios más con la salud, al principio no salió todo tan redondo. Sigue, sí, haciendo oración, pero han pasado los años de vigilancia de la Maestra de novicias y ahora goza de más libertad...

Una vela a Dios y otra al diablo.

Teresa, de quien dirán que "tenía tan suave conversación que nunca cansaba y no había quien pudiese despedir de ella", se pasa las horas muertas en los locutorios de La Encarnación. Y va haciendo amistades. El motivo no puede ser más noble: enseñar a todos las excelencias de la oración. Después los superiores, al ver lo que vale esta joven monja, su don de gentes, le van encargando de que resuelva asuntos y negocios del convento. Llega un momento en que se convierte en imprescindible. Ella a todos trata y con todos se encariña: *Como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia me aficionaba tanto que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él.*

Cuando cambia locutorio por oratorio para "entrevistarse" con el Señor, siente en sí misma un montón de reproches. La Priora y los confesores, es verdad, la procuran disculpar mirando por el bien económico del convento, pero ella no acaba de convencerse. Comprende las razones, pero no puede menos de sospechar que, a pesar de todo, algo falla.

Por otra parte, su oración no es ahora tan fervorosa y consoladora como en otros tiempos. Se había decidido a reservar para ello un rato cada día, pero no es capaz de llenarlo seriamente. Su naturaleza, poco apropiada para el meditar discurriendo, ve rebelarse la imaginación, la *loca de la casa,* como

ella misma la llamará. Si coge un libro, como solía, para recogerse de nuevo y volver al diálogo con Dios, es casi más terrible. Vienen, entonces, los reproches de la conciencia. El caso es que se le pasan los ratos esperando a que el reloj dé, de una vez, la hora.

Se está juntando el hambre con las ganas de comer. Una oración que, además de ser pesada, revuelve la conciencia, no hay quien la soporte. *Ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo, porque quería concertar estos contrarios, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales.* Teresa, avergonzada de tratar con Dios en estas condiciones, decide dejar la oración.

Sigue hablando a todos de la importancia y los frutos de la oración, pero ya no es lo mismo que antes. Se nota que le falta algo en las palabras. Su padre, que se había convertido en su más aventajado discípulo, no habla ya con ella con la misma confianza.

Un año entero sin oración. Un año en blanco. Un año perdido.

Vuelta a empezar.

Será precisamente don Alonso, y no con su vida sino con su muerte, el que hará volver la oración a la vida de Teresa.

Ha salido de La Encarnación a cuidarle en sus últimos días. Junto a su lecho coincide con un domi-

nico, el P. Barrón, que la anima mucho a hacer oración y, entre otras cosas, le dice que aunque se sienta indigna... "no la dejase, que en ninguna manera podía hacer sino provecho". La lección quedó aprendida para siempre: Aconsejaría a todos tuvieran meditación, –aunque no tengan virtudes– porque es principio para alcanzar todas las virtudes y cosa que nos va la vida en comenzarla a todos los cristianos, y ninguno, por perdido que sea, lo habría de dejar.

Vuelve, pues, Teresa al oratorio, pero ya determinada a no dejar la oración, aunque vaya mal la vida. Habrá que cambiar la vida y no la oración. Si siente el reproche, humillarse ante Dios y procurar corregirse.

¿Y la imaginación traviesa? Discurre mil trucos para sujetarla. Incapaz de andar con razonamientos complicados, se conforma con ponerse junto a Cristo, a veces mirándole dentro de sí, y hablarle. Cuando ve que se le despista el pensamiento coge el libro con el que se había preparado y vuelve a la charla con el Señor. *Muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más. Otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía.*

Con la experiencia va aprendiendo que lo mejor para que no ande danzando la imaginación, es pensar escenas concretas del Evangelio. De esta manera es más fácil estar junto a Cristo. Y Teresa le habla con el desparpajo, y a veces con las mismas pala-

bras, con que le hablaban cuantos convivieran con El en Galilea.

Ya sabemos que sus primeros pasos en la oración, los dió junto a Jesús en el Huerto, acompañándole. Ahora, además, revive en ella, en la oración, un cuadro de la Samaritana, junto al pozo de Jacob, que vió en su casa de niña: *¡qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana! y suplicaba, muchas veces, al Señor, me diese de aquel agua.*

También descubre escenas nuevas, como la de la Magdalena. Con ella se pone a los pies de Jesús a pedirle perdón hasta con lágrimas. Piensa también –¡cómo no!– en María, humilde esclava del Señor en Nazaret y sufriendo al pie de la Cruz.

Cuando puede, se ayuda con estampas y cuadros para concentrarse mejor y que no se escape tanto la imaginación, ya que no puede llevar la escena, como quisiera, ' esculpida en el alma".

Como Teresa tiene dentro de sí una pequeña batalla (*un día ofendía a Dios y tornaba otro a recogerme y apartarme más de la ocasión*) sus escenas favoritas son las de los que humildemente piden perdón al Señor: La Magdalena, que ya hemos visto, San Pedro, arrepentido después de haber negado a Jesús, San Pablo, perseguidor derribado del caballo... Ella siempre se identifica con el personaje.

Las buenas razones no habían sido capaces de sacarla del peligro de las conversaciones inútiles, por-

que siempre encontraba otras para seguir con ellas. En cambio, la fuerza de los ejemplos del Evangelio, la van empujando, poco a poco, a dejarlas. Es el fruto prometido por el P. Barrón. Pero el impulso definitivo no vendrá ni siquiera de la atracción de los ejemplos. Lo dará el mismo Señor. Aunque sin dejar de hacerlo por medio de la oración.

Cuando mira a Jesús, sufriendo por ella, y ve a la vez su vida, que no le acaba de satisfacer, por mucho que le digan, no puede por menos de deshacerse en súplicas al Señor para que le ayude:

Suplicaba al Señor me ayudase, mas debía faltar —a lo que ahora me parece— de no poner en todo la confianza en Su Majestad y perderla de todo punto en mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir —que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte— y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole.

La conversión.

Teresa ha comprendido ya que sola no puede nada. Sólo confía en Dios. Y ahí la espera El...

Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar. Era

de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme junto a El, con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle. Paréceme, le dije entonces, que no me había de levantar de allí, hasta que me hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.

Un primer golpe sobre el que el Señor vuelve a insistir al poco tiempo. Lo hará poniendo en manos de Teresa las "Confesiones" de San Agustín. ¡Otra vez un libro!, Teresa se ve retratada en lo que lee: *Pareceme me veía yo allí.* Además el santo le cae bien, *por haber sido pecador.* Y se encomienda a él para que fortalezca su entrega a Dios.

El momento fuerte viene cuando en la lectura llega al relato de la conversión del santo: *Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece, sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón; estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma, con gran aflección y fatiga.*

Después de estas dos veces, comencé más a darme a oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque no las dejaba del todo, sino, como digo, fuéme ayudando Dios a desviarme.

Estamos en la Cuaresma de 1554 y tiene Teresa treinta y nueve años.

Dios se vuelca.

Aunque aún queda tarea por hacer (*no las dejaba del todo,* nos acaba de decir), el Señor se va a volcar. Las gracias místicas comienzan a sucederse.

Hasta ahora Teresa procuraba en la oración "representarse" a Cristo, intentaba estar junto a El. Y, para ello, se ayudaba, como hemos visto, de escenas, personajes y hasta de pinturas. En estos momentos, es el Señor el que se le va a hacer presente a ella, sin ayuda de ningún tipo. Teresa conoce, certísimamente, que Dios está allí, con ella, dentro de ella, *como quien está ciego o a oscuras* sabe que tiene a su lado a alguien con el que habla. Es la oración contemplativa, mística, siempre obra de Dios, que brota con enorme fuerza. Así lo describe ella:

Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme junto a Cristo y aun algunas veces leyendo, venirme, a deshora, un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El.

Es algo más que los simples gustos y ternuras que había tenido antes en la oración, que ésos, aunque también vienen de Dios, como nos dice ella, con la meditación del amor que Dios nos tiene, *algo me parece se pueden procurar.*

Y, *como con estos dones es adonde el Señor nos*

da la fortaleza, Teresa se va fortaleciendo más y más.

"A todo parecer, demonio."

La pena es que estas primeras gracias no traen sólo virtudes. También traen problemas. Porque, aunque progresa en la vida, no lo hace tanto como quisiera. Y empieza a dudar. ¿No será cosa del demonio? ¿No estaba más segura con la oración de antes? Todo se le va en buscar personas que puedan aconsejarla.

Las primeras consultas son a un sacerdote y a un seglar con fama de santo en Avila. Ellos se dan cuenta de que este tipo de dones sólo los concede Dios a quienes andan ya muy altos en la perfección. Su veredicto, nos dice Teresa, fue que *a todo su parecer de entrambos era demonio.* A ella se le cayó el alma a los pies. *Todo era llorar.* Con todo, le aconsejan lo trate con un jesuita, el P. Cetina.

Este, más experimentado, dice que lo suyo es cosa de Dios, pero, por si acaso, que intente resistir. Teresa se siente comprendida y respira tranquila.

Tres meses estuvo este Padre en Avila y ella, bajo su dirección, progresa muchísimo. A ello ayuda que en este tiempo consulta también con San Francisco de Borja, de paso por Avila: *Díjome que era espíritu de Dios y que le parecía no era bien resistirle más.* Con esto aflojaron, de momento, la des-

confianza sus amigos piadosos. Teresa quedó, como nos dice, *muy consolada.*

Pero pronto fue otra vez su gozo al pozo. Al poco tiempo marchó de Avila el P. Cetina. A ella le afecta tanto que vuelve a caer enferma.

La buena dirección espiritual.

Otra vez fuera de La Encarnación a curarse. Allí no había apenas pan para las sanas. Va a casa de una amiga suya, doña Guiomar de Ulloa, que empieza a curar el mal por su origen: la busca otro confesor en los jesuitas. Es el P. Prádanos, que resultó una joya para la situación de nuestra santa. Dejemos hablar a Teresa:

Este padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para todo contentar a Dios no había de dejar nada por hacer; también, con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi almohada fuerte, sino muy tierna, es especial en dejar algunas amistades que tenía; aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas; y ansí le decía que, pues no ofendía a Dios, que por qué había de ser desagradecida. El me dijo que lo encomendase a Dios unos días y rezase el himno "Venir Creator" porque me diese luz de cuál era lo mejor.

Habiendo estado un día mucho en oración y suplicado al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, víno-

me un arrebatamiento, tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido.

Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con Angeles.*

Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación ni amor particular, sino a personas, que entiendo, le tienen a Dios y le procuran servir.

Teresa es otra. Sigue su corazón desbordándose, pero ya purificado: a todos los ama en Dios. Y se deshace en agradecimiento: *Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años, había no pude alcanzar conmigo.* Al cabo de dos años, Dios había consumado, El solo, aquella conversión de Teresa ante el Cristo llagado de 1554.

No tengo al demonio por tan necio.

A partir de este momento, Teresa es ya huracán incontenible. Con cuarenta y un años, y llena de enfermedades, se da a la oración y la penitencia.

Pero con la fuerza interior viene de nuevo la persecución. El P. Prádanos marcha de Avila, y los amigos piadosos vuelven a desconfiar. *Todos se determinaban en que era demonio.* Es que Teresa no

tiene pinta de santa, aunque lo sea.

Toda Avila murmura de esta monja visionaria. En La Encarnación ya se alarman y mandan regresar a la enferma.

Los confesores desconfían. Precisamente, ahora, que las mercedes divinas van en aumento. Uno de ellos quedó inmortalizado para la historia con una nota que parece de broma: Manda a Teresa que escupa y haga burla a las visiones, que dice tener. Pero a ella no le hace tanta gracia como a nosotros. Obedece, como obedecería al mismo Jesús, pero siente una pena tremenda de injuriarle: *suplicábale me perdonase.* Y no se quedó ahí el buen sacerdote. Pronto le prohibió que hiciese oración. Teresa cuenta que entonces, el Señor se enfadó un poco: *Díjome que le dijese que ya aquello era tiranía.*

No se hizo esperar la recompensa a obediencia tan heroica: fue la gracia de la Transverberación. La visión de un ángel que, con una flecha, le atravesaba el corazón y la dejaba *toda abrasada en amor de Dios. Un requiebro suave entre el alma y Dios.*

Dicen, que de esta "herida de amor" quedó su corazón con una llaga, como puede verse en Alba de Tormes, pues allí se conserva en un relicario de cristal.

Y después, éxtasis y arrobamientos a discreción. Cuando le suceden en público, y ella vuelve en sí, *quedaba tan corrida que no quisiera parecer a donde nadie me viera.*

Hasta que comprende que no importa. Los que creen que es cosa de Dios –piensa– le alabarán a El, como lo hace ella. A los que dicen que es del demonio ya se ha acostumbrado y no la turban tanto por dentro: Porque viendo tanta mejora de virtudes... *no puedo yo creer que el demonio haya buscado tantos medios para ganar mi alma, para después perderla, que no le tengo por tan necio.*

Y, aunque Teresa está tranquila, el Señor va a darle más seguridad todavía. En agosto de 1560, pasa por Avila San Pedro de Alcántara. Habla con ella. La consuela: "andad, hija, que bien vais: todos somos de una librea". Pero, sobre todo, su presencia y su autorizado juicio favorable sirve para rendir definitivamente a sus "amigos". El trato entre los dos santos será ya contínuo y de gran ayuda para Teresa.

La visión del Infierno.

A poco de marchar fray Pedro, tiene nuestra santa su famosa visión del infierno, sintiéndose como metida en él:

Yo no sé como encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. Los sufrimientos de sus enfermedades, *según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar,* le parecen nada. *Espántame cómo habiendo leido muchas veces libros adonde se da algo a antender las penas del infierno, cómo no*

las temía.

Del susto, ha perdido para siempre el miedo al sufrimiento: *me parece que nos quejamos sin propósito;* y ha ganado deseos de que todos los hombres se salven: *miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial con un gran trabajo u dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande, nos aprieta a nosotros. Pues ver un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión; estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.*

Ella, por su parte, apunta alto: *No nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéramos de nuestra parte.* Y redobla sus penitencias.

Dios, que no le da sus visiones para entretenerla, y ni siquiera para su solo provecho, está preparando algo grande.

Una velada animosa.

Como muchas otras tardes, se reune doña Teresa con sus amigas en su amplia celda de La Encarnación. Unas monjas y otras seglares. Comentan los sucesos de la época: *los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos.* Teresa, des-

pués de su visión del infierno, se lo había tomado muy a pecho: *parecíame, que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían; y determiné a hacer esto poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda perfección.*

Tocarle este tema a Teresa era hacerla dispararse. Y, como su ardor es contagioso, pronto se pusieron todas a hablar con calor. Sabían bien que la vida de La Encarnación podía ser cómoda (*era muy a mi gusto y la celda en que estaba era muy a mi propósito,* confiesa Teresa), pero la verdad es que no se prestaba demasiado a vivir, como querían, los consejos evangélicos hasta el fondo. Tantas monjas y cada una haciendo lo que le venía en gana, no era cosa de provecho para la Iglesia ni para consolar al Señor, *que tan apretado le traían".*

Así que, medio en broma, comenzaron a hablar de fundar un monasterio en el que pudiesen vivir *con toda perfección,* y de que habrían de guardar la Regla Primitiva, como los antiguos Carmelitas.

La cosa se iba poniendo seria. Terminaron por acordar que lo encomendarían a Dios.

En la lengua de todos.

¡Qué ocurrencias! ¡Preguntarle a Dios! Ahí las esperaba El...

Un día, le habla a Teresa en su interior: *Mandóme mucho lo procurase con todas mis fuerzas.* Ella,

muy espabilada, viendo ya lo que se le echa encima, se puso a temblar: *Se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me habría de costar.* Y procuró olvidarlo todo. Pero el Señor volvió a la carga (*muchas veces,* señala Teresa), hasta que la hizo rendirse.

El confesor, tímidamente, escurrió el bulto y ella tuvo que buscar con quien tratarlo. *Escribimos a el santo fray Pedro de Alcántara y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer.* Pues, manos a la obra.

Nuestra santa estaba muy quemada en Avila, de modo que decidieron que doña Guiomar hiciese todos los trámites. Pero no fue suficiente. Pronto, todas las lenguas de la ciudad se cebaron sobre las pobres mujeres: *no se hubo comenzado a saber por el lugar cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras: los dichos, las risas...*

Fueron tantos los dichos y el alboroto, que quienes les habían empezado a ayudar se fueron arrepintiendo. Otra vez solas. Menos mal que un dominico, el P. Pedro Ibáñez, se atrevió a ponerse de su parte. Y les dijo... *que no había de dejar de hacerse, y que nos diésemos prisa a concluirlo.*

Con esta garantía se lanzaron a buscar una casa, sin importarles las murmuraciones. Pero un día, el Provincial de los Carmelitas, que al principio les había ayudado, se echó atrás. El confesor de turno tampoco se quedó corto: *me mandó no entendiese*

nás en ello. El mismo Cristo, dando ejemplo de obediencia, le habló diciéndola que lo dejase por ahora como mandaba el confesor.

Ella se quedó tan tranquila y deshizo todos los tratos.

Pero, a los cinco meses, ya en 1561, cuando todos habían echado el asunto al olvido... *comenzó el Señor a tornarme a apretar que tornase a tratar el negocio del monasterio.* Esta vez el confesor se mostró más comprensivo y, en secreto, Teresa hizo que su hermana comprase una casa como si fuera para ella, pero que la fuera aderezando al modo de un convento.

La obra, comenzada sin tener casi ni blanca, se va haciendo. Ello lo encomienda a San José y, aunque goteando, siempre llega el dinero cuando hace falta.

La casa es pequeñita y siente la tentación de comprar, también, la de al lado, pero el Señor no tarda en reprenderla, con enfado saleroso: "Ya te he dicho, que entres como pudieres. ¡Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener adonde meterme!"

Poco a poco, y a escondidas, el asunto sigue adelante. Todo tan fácil parece raro. No suele dejar el Señor de enviar contínuas complicaciones, cuando quiere una obra grande. Así, nos damos cuenta de que es El quien la hace.

Tan raro, que no tarda en venir un nuevo problema. El Provincial de los Carmelitas la manda que marcha a Toledo a consolar a doña Luisa de la Cer-

da, una señora importante, que acaba de quedar viuda.

Al principio, ella se enfada, porque dejar solo el asunto secreto de la fundación, siendo como son en Avila, era cosa peligrosa. Pero en la oración entiende *que en ninguna manera dejase de ir, que el demonio tenía armada una gran trama, venido el Provincial.*

Es Dios, que siempre hace las cosas mejor que nosotros, aunque nosotros seamos nada menos que Santa Teresa. La trama era que estaban esperando a que viniese a Avila el Provincial, para acusarla y que así terminase la aventura del nuevo convento.

En Toledo. Una Santa sin ceremonias.

Seis meses pasa Teresa viviendo con una gran señora. Pero no se deslumbra: *Una de las mentiras que dice el mundo es llamar señoras a personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.*

Es ella, sencilla, sin acobardarse ante gente de altos vuelos, quien comienza a deslumbrar a los demás.

Así, le sucede a una jovencita que más tarde sería carmelita, María de San José: "Lo que me hizo ir tras ella, fue la suavidad y gran discrección de nuestra buena Madre; y creo, verdaderamente, que si los que tienen oficio de llegar almas a Dios usasen de la traza y maña que aquella santa usaba, lle-

garían más de las que llegan".

Con su maña, hace que todas las amigas de doña Luisa empiecen a confesarse regularmente y hagan limosnas. No pretende hacer de ellas monjas. Sabe bien que Dios no llama a todas y por eso las recomienda vivir en el mundo cumpliendo sus obligaciones, sin ofender a Dios. *Y que si las mandasen sus padres que danzaran y se aderezasen, fuese con intención de obedecer y ser perfectas en sus estados,* nos cuenta María de San José. A ella, en cambio, no la deja esas cosas, porque ve su vocación.

Cuando, en junio de aquel año de 1562, se vea obligada a volver a Avila, dejará en Toledo la misma impresión que quedó a unas monjas de Madrid, que trataron con ella años después:

"Bendito sea Dios, que nos ha dejado ver una santa a quien todas podamos imitar, que come, duerme y habla como nosotras y anda sin ceremonias".

Las circunstancias llaman a Teresa a Avila. Se habla de que van a hacerla Priora de La Encarnación. Sería echar abajo todos sus proyectos. Pero ella vuelve tranquila, porque Dios lo quiere: *En ninguna manera, hija, dejes de ir, y pues deseas Cruz, buena se te apareja; no la deseches, que Yo te ayudaré; ve con ánimo y sea luego.*

Preparando los detalles.

Bien se nota la mano de Dios: la casita está ya a punto y de Roma llegan los permisos para fundar la misma noche que ella entra en Avila. También se encuentra allí, por casualidad, fray Pedro de Alcántara. Y el Obispo. Y el Provincial.

A propósito no se hubiera preparado mejor. Fray Pedro, para convencer al Obispo, que se resiste a la fundación. Y el Provincial allí, para que no le lleguen versiones calumniosas de lo que hace Teresa. Ella podrá defenderse y se evitará que lo corte todo de un plumazo. Decididamente, Dios hace bien las cosas, lo que pasa es que no sabemos esperar y confiar en El.

¿Y las monjas para el nuevo convento? Cuenta, para empezar, con cuatro mujeres humildes. No teniendo familia "importante" que se sienta "deshonrada" habrá un motivo menos para estorbarlas. Esto va a ser importante, porque tendrán que estar solas mientras Teresa consigue dejar, definitivamente, La Encarnación. Y van a tener que aguantar marea.

Cuando pase el revuelo del principio, podrán añadirse sus partidarias de La Encarnación y otras de buena familia, que andaban tras Teresa y su nueva fundación.

En el futuro convento se colocan los últimos detalles. Por aquí, un cuadro de San José, ¡cómo no! Una imagen de la Virgen por allá. Y la campana,

que no habrá de faltar, con su tañido alarmante en todas las fundaciones. Aunque esta vez no llegaba a campana. Mas bien era campanilla, y con un agujero "harto grande". Está visto que los dineros no daban mucho de sí.

San José de Avila.

Veinticuatro de agosto de 1562. Con agujero y todo, la campana anuncia a la ciudad que hay un nuevo monasterio. Teresa y sus cuatro novicias están que no caben en sí de alegría.

En cambio, en Avila no lo gozan tanto. En unas horas, todo se alborotó. Les faltó tiempo para que empezasen a intentar deshacer el monasterio. Con salero, dice Julián de Avila, amigo y compañero de la Santa en sus fundaciones, que se pusieron "tantas diligencias como se podrían poner cuando una ciudad se está abrasando con fuego para matarlo."

Y es que en Avila, en verdad, había empezado un fuego. La llama que se encendió, ardorosa, en una velada en La Encarnación, como hemos narrado, y que ya no cesará de propagarse. Teresa, había empezado a arrastrar tras de sí almas, que como ella hiciesen *eso poquito, que es seguir los consejos evangélicos con toda perfección.*

No debía ser tan "poquito" cuando ese fuego estaba ya chamuscando la cola del demonio. Menudas ganas tenía "el Patillas" (así le llama Teresa, con cierta gracia, en sus cartas) de apagarlo. Y em-

pezó a mover en Avila todas sus "influencias", entre los malos y entre los buenos.

Al Ayuntamiento se le atragantó el asunto desde el principio. Y las de La Encarnación estaban que trinaban. La mandan regresar. Ya estaba previsto. Allí, tranquila, como desde un observatorio, dirige por medio de sus amigos a las cuatro valientes.

A veces, Teresa también se inquieta ¡qué estupendo verla tan humana!, sobre todo, con el pleito que han puesto los del Ayuntamiento. Y Dios, más humano todavía, le echa un cable: *¿no sabes que soy poderoso? ¿de qué temes?* La voz del Señor la dejó consolada.

Pasan los meses, el pleito llega hasta la misma Corte y acabaría consumiéndose por aburrimiento.

Total, que el demonio ha tenido que salir corriendo. Con el rabo entre las piernas, y además, chamuscado.

La fundación acabaría de asentarse a finales de ese año de 1562. Inexplicablemente, y pese al alboroto, el Provincial le permite que se pase a su conventito de San José, con unas cuantas monjas de La Encarnación, que también lo desean. *Parecía imposible, tan en breve,* comenta Teresa. El Señor siempre hace bien sus cosas. ¡Faltaría más!

Tantos monasterios cuantos pelos tenía.

¿Y después? Después, *los años más descansados de mi vida",* como los llama Teresa, añorándolos.

Tiempo para asentar la nueva manera de vivir de las Descalzas. Pruebas, cambios, aprendiendo siempre cosas nuevas. Se va creando el estilo de las Carmelitas Descalzas.

Vida, como buscaban aquellas inquietas de La Encarnación, de toda perfección en los consejos evangélicos. Pobreza de veras, pero alegre: *Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedírselo; y cuando nos faltaba, que fue harto pocas veces, era mayor el regocijo.* Obediencia sencilla. Tanta, que confiesa Teresa –aunque no nos lo creemos– que *no sabía tenerla hasta que estas siervas de Dios me enseñaron.*

Vida, para la vida de la Iglesia y de los hombres. Como buscaban aquellas inquietas. *Para esto os juntó aquí el Señor* –habla la Madre a sus hijas de San José–: *que estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo y quieren poner su Iglesia por el suelo.*

Los años más descansados, no pasaron de cinco. En febrero de 1567, llegó a Avila el P. Rubeo, General de la Orden del Carmen. Habla con la Madre Teresa. Y ve lo que ha hecho. Aquello era la auténtica reforma que necesitaba la Orden. Ni corto ni perezoso le mandó "que hiciera tantos monasterios cuantos pelos tenía en la cabeza".

Dicho y hecho. Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Duruelo (para los frailes), Toledo, Pastrana... Hasta diecisiete. No dió más de sí la vida de esta "fémina inquieta y andariega".

Cada convento, con su historia. Ha quedado, con cierto detalle, la fundación de San José de Avila, por ser la primera. Con más salero que nosotros cuenta las demás la propia Madre Teresa en su "Libro de las Fundaciones".

En ellas hay de todo. Entradas triunfales, como en Malagón, o amparadas en la oscuridad de la noche, como en Medina, *que parescíamos gitanos que habíamos robado alguna Iglesia.* Con episodios simpáticos, como en Salamanca: dos monjas solas en un caserón en una noche de Animas: *Os digo que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que me da gana de reir.*

En casi todas, contratiempos. Sea con el Obispo, o con el Ayuntamiento, o con los frailes vecinos. O con todos a la vez. Sólo una mujer con el temple humano y la santidad de Teresa, podía llevar a cabo una obra tan grande. Diecisiete conventos en quince años y la semilla para los más de ochocientos que existen hoy. Por ahora.

Vino a los suyos y los suyos no le recibieron.

Muchos santos fundadores, como San Francisco, San Alfonso de Ligorio o San José de Calasanz, en los últimos años de su vida, recibieron de sus hijos desprecios, abandonos y rebeldías. El Señor lo permite para aquilatar su santidad, dándole el último toque, y probar si de verdad están desprendidos de la obra que El ha hecho por medio suyo.

La Madre Teresa, siempre tan querida, no va a ser menos. Sus últimos veinte días, un viaje que tenía por término Avila y Madrid, fueron en realidad un acumularse ingratitudes.

De su convento de Valladolid es despedida con malos modos por la Priora, sobrina suya. Ana de San Bartolomé, su fiel enfermera y compañera de viaje, sufre con ella: *Al salir me arrebujó a la puerta y me dixo. váyanse ya, y no vengan más acá.*

El Provincial, precisamente ahora, la manda que marche con urgencia a Alba de Tormes, para acompañar a la Duquesa que va a dar a luz. Ella, "vieja y cansada", obedece dócilmente.

Y más. Al pasar por Medina del Campo, reprende una falta a la Priora. Esta no lo encaja bien y se insolenta. Otro disgusto para la Madre Teresa. No cenó ni pegó ojo en toda la noche. Y a la mañana siguiente la Priora las despide sin provisiones.

Todo el camino, hasta Alba, sin encontrar nada que comer. Sólo unos higos que traía Ana de San Bartolomé. Teresa, procura animar a su desconsolada enfermera diciéndola *que no tuviese pena, que ella estaba contenta con el higo que había comido, que muchos pobres no tenían aquel regalo.*

La Mariposica ya murió.

Llegan, por fin, a Alba. Pero, *tan quebrantada, que a su parecer no tenía un hueso sano.* La Priora no la hace ni caso. Y ella se va consumiendo, son-

riendo ante las inútiles medicinas: *Quíteme de ahí, que lo que no es, no es.*

Su alma, al contrario, cada vez más viva. Todo se le va en llamar al Señor, con quien va a encontrarse: *¡Ya es llegado la hora tan deseada! Tiempo es ya que nos juntemos, ya es tiempo de caminar. ¡Sea muy enhorabuena!* Sin cansarse de repetir: *En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.*

Cuatro de octubre de 1515. Ya no habló más. Encendida en resplandores parecía estar en el cielo y no aún en la tierra. A las nueve de la noche, el ímpetu de amor a Dios terminó por consumir lo que quedaba de Teresa. Ya sólo Jesús. Es lo mismo que ella había escrito de las almas transformadas en Dios: *Ahora, pues, decimos que esta mariposica ya murió, con grandísima alegría, de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo.*

Dos imágenes vivas que nos dejó de sí.

Una vida llena de actividad se ha desenvuelto ante nosotros. Actividad interior que hace de Teresa una santa. Actividad exterior, de la que se sirven Dios y ella con maestría para acrecentar no menos esa santidad. *Obras, Obras, quiere el Señor,* había dicho. En ellas, precisamente, se nos muestra Teresa la Santa y la Reformadora, como luz en el candelero, aunque apenas hayamos dicho nada de ese aspecto externo y público de los años fundacionales. Teresa, pues, no paró. Nunca estuvo ociosa, ni

por dentro ni por fuera. He ahí su secreto.

En esa actividad todavía encontró tiempo para escribir. *Libro de la Vida, Camino de Perfección, Las Moradas, Las Fundaciones,* son sus obras más conocidas. Escritas con sencillez, con el mismo descuidado lenguaje que hablaba. Entre sus páginas flota el espíritu de la misma Madre Teresa, "agradable, graciosa, milagrosa". Espíritu que permanece también en sus hijas las Carmelitas Descalzas, de suerte que hoy podemos decir como Fray Luis de León hace cuatro siglos:

"Yo no conocí ni ví a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas agora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros".

Esas son sus auténticas *Obras completas.* Por todas ellas, no tan sólo por sus libros, bien ha merecido que hoy se la reconozca lo que, de verdad, ha sido ya durante cuatro siglos: "Doctora de la Iglesia".

NOTA DEL EDITOR

Para conocer a Santa Teresa, no basta leer su Vida; se la conoce mucho mejor a través de sus escritos.

Los confesores de Santa Teresa, maravillados de la ciencia infusa y sublime de sabiduría que Dios le había comunicado, la obligaron, por obediencia, a escribir muchos libros, libros que ella hizo sin darle importancia, pero que después se ha reconocido en ellos que están llenos de la más elevada sabiduría.

La Iglesia le ha concedido el título de Doctora, y con toda confianza se puede asegurar que aún hoy sigue siendo Santa Teresa el santo más leído y preferido de todos.

Hay muchos santos que han escrito libros maravillosos; pero ninguno ha llegado a gustar tanto como los escritos de Santa Teresa.

OBRAS DE SANTA TERESA

Libro de la Vida
Camino de Perfección
LIbro de las Moradas
Relaciones Espirituales
Exclamaciones del Alma a Dios
Avisos y Pensamientos
Poesías Espirituales

Pídalos por carta al

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA